

se rió en sus barbas; las córtés huyeron y Fernando VII entró en Madrid rey *neto*.

El rey *neto* faltó en el acto á su palabra. Condenó los que habían conservado el trono, á destierro á cárceles y á presidio. No fue mejor la recompensa que obtuvo el ejército. Las colonias acabaron de emanciparse. Una camarilla tomó por su cuenta el unir y dorar los fragmentos del antiguo cetro: esa camarilla creyó poder servir de abrigo á un trono no cubierto ya por las naves de las catedrales de Búrgos, de Toledo y de Córdoba. Empezaron á formarse conspiraciones: Porlier en Galicia y Laney en Cataluña tomaron las armas: esos generales habían derramado su sangre en la guerra de la independencia por el rey, y por disposición de este murieron en un cadalso. No queremos hacer mención de los patibulos de Madrid y de Valencia, en los cuales perecieron algunos plebeyos leales, pero *libres*.

En la isla de Leon se estaba reuniendo el ejército que iba á reconquistar las colonias. Los oficiales se contaban los peligros que habían corrido y recordaban lo inútil de sus sacrificios. Las quejas son la voz de la conspiración: O'Donnell, el conde de la Bisbal, que mandaba la proyectada expedición, se puso al frente de los conspiradores, y los vendió ó dejó escapar el secreto.

Pero á pesar de haber abortado, el proyecto volvió á reanudarse. Lopez Baños, Arco Agüero, Quiroga, San Miguel y Riego, juraron hacer revivir la constitución de Cádiz. En 1.º de enero del 1820, Riego tomó las armas, se apoderó del general Calderon, sucesor de la Bisbal; se unió á Quiroga, jefe de otro batallón y ambos vinieron á estrellarse delante de Cádiz.

La alarma había llegado á Madrid, á cuyo punto corrió el general Freire con trece mil hombres para combatir á los diez mil insurrectos: se parlamentó. Riego y San Miguel salieron de la isla de Leon acompañados de una columna de quince mil hombres; recorrieron la Andalucía, entraron en Algeciras, Málaga, Ronda y Córdoba, siendo en todas partes bien recibidos y prontamente olvidados. Riego abandonado de sus tropas se ocultó en los montes célebres por la penitencia del caballero inmortalizado por la festiva burla de un brillante ingenio, héroe mas sublime y más loco aun que Riego. Capitan desgraciado no pudo encontrar la nueva sociedad que venia buscando al través de las tempestades: Cristóval Colon, después de haber descubierto un mundo duerme pacíficamente en Sevilla en la capilla de los reyes.

El movimiento de la isla de Leon se propagó en vez de comprimirse. Agar subleó la Coruña, Garay Zaragoza y Mina la Navarra.

El conde de la Bisbal, sospechoso, retirado en Madrid y enviado para restablecer el orden entre tropas insurreccionadas, se reunió cerca de Ocaña con su hermano que proclamó la constitución. Al saber esta noticia se sublevaron otros regimientos en Madrid. El rey se humilló. El día 6 se publicó un decreto reñrendado por el marqués de Mataflorida, mediante el cual al paso que se eseluia la constitución de Cádiz se anunciaba la próxima convocacion de unas córtés. Esa real cédula fue hecha pedazos; la lápida de la constitución derribada en 1814, fue colocada otra vez en el sitio de costumbre. Al día siguiente apareció un decreto en el que Fernando VII decia terminantemente:

«Habiéndose pronunciado la voluntad del pueblo, me he decidido á jurar la constitución, promulgada por las córtés generales y extraordinarias el año 1812.»

Así es como la tiranía fue coronada por la cobardía, y la falta de fe por el perjurio.

Del seno de las prisiones que acaban de abrirse salieron ministros para el palacio. Argüelles fue colocado al frente del ministerio del Interior, García Her-

teros en el de Justicia, Canga-Argüelles en el de Hacienda, y los señores Perez de Castro y don Antonio Porcel fueron llamados: todos estos pertenecian mas ó menos á las córtés de Cádiz, pero como veteranos revolucionarios amaestrados por el tiempo quisieron detener las ideas y no lo pudieron conseguir: es una ilusión que estravia á todos los hombres.

Cerca de este ministerio estaba la junta suprema esperando á las córtés, como la municipalidad de París cerca de la Convencion. Abriéronse clubs. El ejército de la isla de Leon, en favor del cual se acababa de ganar la batalla, no contento con los grados y empleos pretendió influir en los negocios públicos.

La Europa se había dividido: Inglaterra felicitaba á Fernando por haber aceptado la constitución; la Rusia declaraba perdida la monarquía; la Prusia y el Austria se esplicaron de un modo ambiguo, y la Francia invitó por boca del duque de Laval á arreglarse con los poderes: M. de la Tour-des-Pin, representante del gabinete francés en Madrid, medió con el rey y los principales españoles á fin de conseguir modificaciones al acta constitucional. La Gran Bretaña que no suele pensar mas que en sus intereses materiales y que se cuida muy poco de la felicidad de un pueblo, se imaginó que la Francia iba á conseguir una preponderante influencia en el gabinete de Madrid y se opuso á los saludables consejos de aquella.

La Francia cumplió con su deber; no felicitó al rey de España, ni rechazó las comunicaciones oficiales; dejó percibir inquietudes y se apresuró á cubrirlas de esperanzas. Los benévolos esfuerzos que hizo por calmar el malestar de la España fueron inútiles. En Madrid se estableció una tribuna permanente contra la Francia en el café de Lorenzini.

VI.

Primera sesion de las córtés.—Dos principios de revolucion.—Riego.—El trágala.

La apertura de la primera sesion de las córtés quedó fijada para el 9 de julio de 1820. En ella debía el rey renovar su juramento: durante la noche que precedió hubo un pequeño motin en palacio. El rey habló; el arzobispo electo de Sevilla contestó: moderacion de etiqueta que en la revolucion francesa precedia algunas horas á los escesos.

La mayoría de la cámara estaba compuesta de los antiguos revolucionarios de Cádiz, y sus gefes eran Calatrava y Toreno. Este no había sido educado en la cueva de Covadonga con Favila y Hermesinda, pero era compatriota de Jovellanos y Campomanes. Teníase por escritor notable y orador claro y conciso *breveiloquentia*: había viajado. «Los españoles que ven el mundo, dice Messire Duval, se aprovechan mucho de sus excursiones, y en su mayor parte se hacen hombres muy honrados y aptos para todo.» A la par de Toreno, natural de Asturias, figuraban Martínez de la Rosa, natural de Granada; genio feliz de esa vega que tanto se parece al valle de Lacedemonia.

La minoría se componia de hombres que se habían afiliado recientemente en la escuela de las abstracciones de las teorías convencionales; este partido era el mas violento, porque, como mas joven, había sufrido menos desengaños. Momentáneamente vencida la revolucion, asistia á las sesiones en las tribunas, desnuda y con los brazos cruzados.

Los *afrancesados* y los *persas* fueron amnistiados, excepto el marqués de Mataflorida, que se refugió en Francia. Los atrasos fueron separados de los gastos corrientes, á los que se destinaron las rentas del Estado. Consumada la bancarrota y contraido un empréstito, se restablecieron algunas contribuciones impuestas por el rey José; el diezmo eclesiástico se convirtió en carga civil; pero lo que se permitia pagar á Dios no

se permitia pagarlo al hombre. Algunas leyes de circunstancias acabaron de trastornar la vieja monarquía. Para coronar la obra, una ley estableció la desobediencia del soldado, siempre que recibiese órdenes contrarias á la constitucion.

En otro tiempo, las revoluciones han sido reprimidas porque en general procedian de las pasiones, no de las ideas; la pasion muere como el cuerpo, al paso que la idea vive como la inteligencia; así es que si puede refrenarse una pasion, no es posible detener una idea. La idea revolucionaria emitida por la Francia en 1789, despues de haber recorrido la Europa y la América, volvia á ella de España. En este país se veia claramente la copia servil de la antigua revolucion francesa: clubs, mociones, asesinatos, trastornos. No obstante, una diferencia capital distinguia á entrambos países, en Francia todo se hacia por el pueblo, mientras que en España todo se hacia por el ejército, único que impedia que la libertad política se estableciese sólidamente en este país. La península es una especie de imperio romano, pues en ella las revoluciones se relucen á motines pretorianos y á elecciones legionarias. Si fuese posible arrancar estos postizos, se veria debajo la verdadera España.

El ejército de la isla de Leon seguia en pie; pero el gobierno decretó su disolucion, y esta se verificó despues de algunos síntomas de resistencia. Riego, nombrado capitan general de Galicia, se trasladó á Madrid, donde desde un banquete fué al teatro, y al verse recibido en él con grandes aclamaciones, se levantó y entonó el *trágala*. A consecuencia de esto fue destituido, y se dió orden para cerrar el club-Lorenzini; los jacobinos hicieron alto entre la Greve, y la plaza de la Revolucion. Los ministros, asustados de sus triunfos, retrocedieron.

Una medida relativa á las comunidades, alteró el resto de la legislatura. Fernando sancionó la ley anti-religiosa, y se arrepiñtó, siendo esta la única semejanza que tuvo en toda su vida con Luis XVI. Retiróse luego al Escorial, pero regresó instantáneamente el 9 de noviembre de 1820, para cerrar en persona la primera legislatura de las córtés, y se retiró de nuevo á su amenazadora comunidad.

VII.

El Escorial.—Victor Saez.—Procesion revolucionaria debajo de las ventanas de Fernando en Madrid.—Los comuneros.—Propagandistas.—La constitucion de Cádiz en Napoles.

El Escorial es un monumento de severa arquitectura, un espacioso cuartel de cenobitas, mandado edificar por Felipe II en forma de unas parrillas de mártir y en memoria de uno de los desastres de la Francia; elevase sobre un terreno rodeado de cerros parduzcos; encierra las sepulturas reales llenas ó por llenar, una biblioteca sin lectores, y muchas obras maestras de Rafael, cubiertas de musgo en una sacristia vacia; sus mil ciento cuarenta ventanas, de las cuales están rotas las tres cuartas partes, se abren en los espacios mudos del cielo y de la tierra. Doscientos monges y la córte, representaban antiguamente en él la soledad y el mundo. Cerca de este terrible edificio, situado en frente de la Inquisicion, arrojada al desierto, se extienden un parque cubierto de retamas, y una aldea abandonada; este Versalles de las estepas no tenia en otro tiempo habitantes sino al paso periódico de los reyes, y yo he visto posado sobre su techumbre el zorzal de los brezos.

Fernando se atrincheró en este retiro de los monges gerónimos para intentar desde allí una salida á la sociedad; pero aunque oculto entre aquellas santas y sombrías arquitecturas, no tenia la talla, el continente, la severidad, la taciturna experiencia y la invencible creencia de aquellos rígidos sustentáculos ni de aquellas sagradas columnas; ermitaños de piedra sos-

tenian la religion sobre sus cabezas. Fernando, muerto resucitado, no podia extender, sentado en su ataúd, sus brazos de polvo al encuentro del porvenir. La impotente camarilla de que estaba rodeado, no podia prestarle auxilio alguno; el tiempo había llegado á los pies de las viejas instituciones, y los eunucos de Honorio le rodeaban con su nada, cuando Alarico acampaba bajo las murallas de Rávena. En vez de adoptar una de esas medidas trágicas que anuncian de improviso un carácter distinguido, Fernando, hombre de antiguas aspiraciones, pero de costumbres modernas, dió al general Carvajal la órden de reemplazar á don Gaspar Vigodet, capitan general de Madrid; Mario, detenido á las puertas de Roma, no meditaba destituciones. Pero el remedio insípido que en el Escorial se tenia por heroico, empeoró los males; la diputacion permanente dió el grito de alarma, y los clubs volvieron á abrirse; hablóse de destronar al monarca, y se mandó á este que regresase á Madrid. El rey obedeció, despidió al primer funcionario de palacio conde de Miranda, y alejó á su confesor don Victor Saez. Este era un hombre inteligente, pero había hablado en voz baja en la reja del tribunal de la penitencia, olvidando que el foro es hoy el confesionario de las naciones. Don Victor tuvo la desgracia de trabajar en pro de la regeneracion del culto por los mismos medios á que este debió su origen. Pero se equivocó respecto de las Tebaídas, confundiendo aquella por donde la religion había ya pasado, con esa otra á donde la religion no había llegado todavia: la primera es una soledad adúltera, estéril, improductiva é impenetrable al rocío; la planta se marchita en su superficie, y la semilla muere en sus entrañas; la segunda es una soledad virgen y fecunda, cuya arena y cuyas aves llevan la flor y el pan del cielo. El desierto que está despues de la fé, no es el desierto que está antes de la fé.

A su regreso á Madrid, Fernando, acompañado de sus hermanos, de sus cunadas y de la reina enferma, se vió precisado á asomarse á las ventanas de palacio. La multitud se apiñaba, y una comitiva se disponia á salir. Vióse á Luis XVI á su entrada en Paris, rodeado de furias y precedido de las cabezas cortadas de sus guardias: aquí se reprodujo la misma escena, con decoraciones castellanas. Un hombre, una mujer y un sacerdote, conducidos en hombros de las turbas, se levantan y presentan al rey el libro de la constitucion, lo retiran, lo hesan y vuelven á presentarlo. Levántase tambien en el aire á un niño que lleva en la mano el mismo libro: este niño era el hijo del general Lacy, vengador débil todavia, pero larva viva é implacable.

Mientras esta comitiva desfilaba, manteníanse á espaldas del rey unos servidores aterrados, una familia presa del espanto y una reina desmayada: desgracia ya tan comun, que nadie fija en ella la atencion. Habíase creído que Fernando era uno de esos despotas inexorables que se atormentaban con el cilicio, pero no era así. El marqués de las Amarillas, ministro de la Guerra, presentó su dimision, siendo reemplazado por Valdés. Los obispos huyeron, y los grandes fueron desterrados, y en particular el duque del Infantado, honrada ineptitud.

Al lado de los antiguos frac-masones, entre quienes estaban afiliados Argüelles y Valdés, se levantaron entonces los *comuneros* que derivando su recuerdo y su nombre del siglo de Carlos V, se denominaron *caballeros comuneros*, y se declararon campeones de la libertad y la igualdad. Obligáronse por medio de un juramento á juzgar, condenar y ejecutar, sin exceptuar al rey y á sus sucesores, á todo aquel que se desviase de ciertos principios: juramento terrible en un país donde el homicidio es de derecho comun. Protegidas por las leyes estas sociedades secretas, tienen su apoyo en los clubs públicos.

Todos los días, el consejo y el rey se veían arrastrados por el lodo. Un pueblo que se ha batido por su independencia desconoce con frecuencia el imperio de la libertad, y solo acepta cadenas. Los ministros hicieron alarde de firmeza cerrando el café de la Cruz de Matta, á fin de rehabilitarse en la opinión pública. En Francia no se hubieran tomado tanto trabajo, porque en ella el desprecio no causa la muerte. No sucede con los hombres lo mismo que con la serpiente; no se les mata escupiéndoles: *Serpens, homini tacta saliva, disperit* (Lucrecio).

El rey fue insultado al subir á su coche, viéndose obligados sus guardias á dispersar la multitud. Las revoluciones consideran como agresor al que se defiende; el monarca abandonó como de costumbre á los militares fieles. Sin embargo, perdiendo un día la paciencia, entró en el consejo de Estado, acusó á sus ministros, enunció las ofensas que de ellos había recibido, y pidió la prision de los ofensores, lo cual era un mal recuerdo: Carlos I quiso hacer arrestar en su presencia á algunos miembros del parlamento. La familia de Fernando se asustó á este recuerdo, y la medida no llegó á ejecutarse.

Los propagandistas del interior de España se habían alegrado no poco al ver extenderse su obra por otros países, pues la constitucion de Cádiz había sido impuesta á Nápoles; Nápoles la recibió por su capricho; pero le fue preciso volver á su sol y á sus flores.

VIII.

Segunda legislatura de las córtes.—Insurrecciones del Piamonte y de Portugal.—Movimientos en Grenoble y Lyon.—Refugiados en España.—Régimen de terror.—Vinuesa juzgado y ejecutado por el pueblo.—Morillo llega de América.—Fin de la segunda legislatura.

El 4.º de marzo de 1821 se abrió la segunda legislatura de las córtes. El rey, despues de haberse mostrado revolucionario en su discurso, hizo saber á los diputados que cambiaba el ministerio: la primera parte de su discurso debía corregir la segunda.

Feliú y Bardají formaron la base de un nuevo consejo; pero las cámaras lo rechazaron desde luego.

El Piamonte y el Portugal, á imitación de Nápoles, proclamaron la constitucion de Cádiz. Grenoble y Lyon se conmovieron, y las córtes aplaudieron. Torreno nos atacó en frases destempladas, al paso que Alpuente propuso la intervencion en los asuntos de Italia; Moreno y Guerra quiso romper con Europa y hace salir de Madrid á los embajadores de la alianza. Los vencidos de todos los países se refugiaron en España, donde recibían estímulos y auxilios. Fernando manifestó el dolor que le causaba la derrota de los napolitanos.

El partido exaltado inauguró un régimen terrorista, despojando, prendiendo, desterrando y deportando sin formas judiciales y sin el menor obstáculo. Barcelona, Valencia, la Coruña y Cartagena, veían dominar, independientemente del poder legal, un poder sin forma y sin nombre. Así las cosas, intentó curar el mal por medio del mal. El 17 de abril fueron presentados á las córtes dos proyectos de ley: el primero, confundiendo deliberadamente la religion con la constitucion, imponía la pena de muerte á todos los que pretendiesen atacar una y otra; el segundo, tomado de Danton, privaba á los ciudadanos acusados, de toda garantía, enviándolos ante un consejo de guerra elegido en el cuerpo por quien se hiciese la prision; la sentencia debía dictarse en el plazo de seis días y ejecutarse en el de cuarenta y ocho horas, sin apelacion y sin el ejercicio del derecho de clemencia.

Un capellan del rey, llamado don Maffas Vinuesa, acusado en virtud de las nuevas leyes, fue condena-

do á diez años de presidio; pero la plebe, que tomaba la soberanía por la fuerza material, creyó que esta sentencia era demasiado benigna. El 4 de mayo se reunió en la Puerta del Sol, y despues de revisar el proceso, sentenció á muerte al cura, y ejecutó la sentencia, despues de arrancarle de la cárcel, hiriéndole en la cabeza con un martillo. Corrió en seguida á casa del juez, culpable, en su concepto, por no haber condenado á este eclesiástico sino á diez años de presidio; cinco hombres soberanos se adelantaban á los verdugos con la espada desnuda; el juez huye, los revolucionarios se derraman por las calles de la córte, y los clubs entonan cancionens en honor de la justicia popular. El rey, refugiado en medio de sus guardias, pidió á estos le salvarsen. Martínez de la Rosa fue el único que levantó una voz generosa en las córtes; el valor y la elocuencia brillaron con la inspiracion de las musas. La prensa celebró aquel día memorable; los asesinos fundaron el orden del *Martillo*, y cada uno llevaba sobre su corazon las insignias de esta orden, como durante algun tiempo se llevaron en Francia pequeñas guillotinas en los ojos. Es un error el asombrarse de los crímenes en épocas revolucionarias, puesto que cuando se forma una sociedad nueva, se destruye al mismo tiempo una sociedad antigua, y entonces los crímenes entran en el todo como disolvente, á fin de acelerar la disolucion de la parte que debe perecer. Por esta causa, cuando los crímenes son demasiado odiosos y repetidos, casi nada queda de la nueva sociedad, porque el bien se ve devorado por el contagio del mal.

Morillo acaba de llegar de América, habiendo tenido la gloria de ser vencido por Bolívar, y fue nombrado capitán general de Madrid. Los miembros de las córtes se inclinaban hácia la república, y se desentendieron de la ley que daba al monarca el derecho de cerrar los clubs. Fernando se negó á dar su sancion, pero como no estaba apoyado por el voto de una segunda cámara, no hizo otra cosa que esconder su cabeza: la monarquía, humillada y espirante, tenía todavia razon. El fin del año parlamentario trascurrió en la discusion de los pretendidos derechos señoriales, y se obstinaron en retener las colonias. Al llegar el término de las córtes ordinarias de la segunda legislatura, el rey se vió precisado á convocar córtes extraordinarias.

En este interregno quedó establecida la diputacion permanente.

IX.

Leyes de los comuneros.—Fontana de Oro.—Presos de los conventos.—Riego se asocia á Cuñet.—Sublevacion de Madrid.

Las sociedades secretas adquirían cada día mayor incremento. Los cristianos solo fueron al principio una sociedad secreta, y no obstante conquistaron al mundo; sus dos grandes misterios eran Dios; y la MORAL, y con estos dos misterios paulatinamente revelados, fundaron la nueva comunicacion humana.

Los comuneros tenían en Madrid su asamblea suprema y una junta directiva; cada provincia tenía su *merindad* provisional, y cada merindad su *torre*. Las necesidades urgentes se satisfacían por medio de subvenciones voluntarias. El número de los comuneros ó *hijos de Padilla*, ascendió en breve á mas de 70,000. Esta sociedad se estableció para la muerte, así como la cristiandad había sido fundada para la vida; su origen procedía de los *carbonarios*, y tenía ramificaciones en Francia, como advertiré al hablar de otras sociedades hermanas; carbonarismo tanto mas funesto, cuanto que habiendo nacido en los campos, pervertía la espada y armaba el capricho.

«Juro ante Dios y ante esta asamblea de caballeros comuneros, decía el aspirante, defender las libertades y las franquicias de todos los pueblos.... someterme sin reserva á los decretos de la confederacion y dar muerte á todo caballero que falte á su juramento; si yo mismo llegase á faltar á él, me declaro traidor; quiero se me condene á una muerte infame, que se me arroje á las llamas y que mis cenizas sean entregadas al viento.

La revolucion española contaba con un elemento mas que la revolucion francesa, porque esta solo tenía clubs, en tanto que aquella tenía clubs y sociedades secretas: es decir, el poder legislativo y el poder ejecutivo del mal.

Esto explica el por qué reinaba en la superficie de España una anarquía organizada; este fantasma descargaba un golpe, y volvía á entrar en el seno de su madre, las *tinieblas*. Cuando todo se presentaba tranquilo, una especie de terremoto agitaba súbitamente la sociedad. ¿Reina en Madrid una calma peligrosa á los conjurados? Pues pronto se interrumpía esta calma. Decretóse en la *Fontana de Oro* que cierto pintor de edificios fuese ahorcado, pero Morillo dispersó á los asesinos. Entonces viendo perdida su causa, los grupos cercaron á algunos guardias de Corps, presos en los conventos: solo en España se presentó el contraste de las costumbres antiguas y de las nuevas ideas.

En Francia cuando se condena á un hombre, se le encierra en una cárcel, pero á esta y á la opuesta parte del Ebro, innovadores descreídos sepultan sus enemigos en un monasterio, situado al pié de una montaña ó á orillas del mar. Allí, á los escasos sonidos de una campana que muy pronto habrá dejado de sonar y que á nadie congrega, debajo de unas arcadas que se desploman, entre celdas sin ermitaños, entre religiosos sin sucesores, entre sepulcros sin voz y entre muertos sin manes; allí, en unos resectorios desiertos, en unos claustros abandonados; en el santuario donde Bruno dejó su silencio, Francisco sus sandalias, Domingo su antorcha, Carlos su corona, Ignacio su espada y Rancé su cilicio; en el altar de una fe que se extingue, el alma se acostumbra á despreciar el tiempo y la vida, ó si todavia se sueña con las pasiones, esta sociedad les presta algo que va á perderse en la vanidad de las quimeras.

Morillo, siempre arriesgando su vida, salvó á los guardias presos; pero denunciado en la puerta del Sol, pidió ser juzgado y los gritos se aplacaron.

Riego que mandaba en Aragon, se asoció con un oficial francés, llamado Cugnet de Montarlot, á quien se perseguía en Francia, y era redactor, en calidad de teniente general de Napoleon, de proclamas á los soldados franceses. Cugnet, habiendo reanudado el hilo de las intrigas en las guarniciones francesas de la frontera de los Pirineos, tenía en su derredor algunos desertores. Riego y Cugnet acariciaban el proyecto de una doble república, pero uno y otro fueron presos. Madrid se sublevó por la milésima vez, y se intentó hacer volver al rey de San Ildefonso, como se le había hecho volver del Escorial. ¡Viva Riego! ¡Viva el pueblo! ¡Viva el puñal! ¡Viva el martillo! tai era el grito de la muchedumbre. Preparóse luego un cuadro, en que se representaba á Riego con el libro de la constitucion y anonadando el despotismo. El gefe político, San Martín, prohibió la inauguracion del cuadro; en España se necesitaban fiestas para embriagar el desórden, placeres para hacer la fe corporal y para degradarla hasta la voluptuosa y sacrilega transubstanciacion de la *muy gitana*.

A pesar de la prohibicion, los amotinados se decidieron á ejecutar su proyecto. La guardia titubea indecisa, y el regimiento de Sagunto se dispone á unirse á los revoltosos, pero Morillo y San Martín, á la cabeza de los paisanos consiguen la victoria. Esta

jornada se denominó de las *Platerías*, por ser esta la calle en donde la sedicion quedó vencida.

X.

Legislatura extraordinaria.—La fiebre amarilla.—Los descamisados.—Sociedad de los amigos de la constitucion.

En las córtes extraordinarias, abiertas el 28 de septiembre de 1821, se trató de las materias sometidas á su deliberacion por la corona; estas materias eran la division territorial del reino, la pacificacion intentada de las colonias, la mejora de la hacienda y la redaccion de los códigos civil y criminal.

Declaróse la fiebre amarilla; la Francia envió médicos y hermanas de la caridad á Barcelona, y estableció un cordón sanitario; medida necesaria, que sirvió de pretexto para una ocasion absurda. ¿Qué necesidad tenía la Francia de mentir? Defendía de un azote á sus pueblos, exponiendo á sus soldados al doble contagio de la peste americana, y de la revolucion española.

Esta formacion del cordón sanitario fue mirada con disgusto por el gobierno español; ultrajó á la Francia persuadido sin duda de que devoraría el últraje, tomándola por esa clase de hombres que usando del insulto y abusando del castigo, se dejan herir sin que se les encienda la cólera. El partido exaltado se distinguía por lo indecoroso de su lenguaje (1) Alpuente publicó un libelo, en que se proponía desenvolver un complot urdido contra la libertad en el extranjero y en España; aunque en este escrito no se nombraba á Fernando VII ni á don Carlos, se aludía á ellos con bastante claridad. Pedíase, ademas, en él, la sangre de quince mil habitantes de Madrid, Alpuente era el busto de yeso de Marat.

Pidióse en todas partes la reinstalacion de Riego. El 29 de octubre de 1821, abortó una conspiracion en Zaragoza; pero en Cádiz tuvo buen éxito. Esta ciudad se negó á recibir á los gobernadores que habian sido enviados; Jáuregui, comandante á quien se conservaba, declaró que no obedecería las órdenes de Fernando: Sevilla y Murcia imitaron el ejemplo de Cádiz. La conjuracion no dió tan buen resultado en Córdoba, Granada y Valencia; en la Coruña, Mina se vió precisado á retirarse.

La prensa, que, favorable á todas las malas causas, parecía solicitar por donde quiera la destruccion de su libertad, inflamó en Madrid á los insurgentes, aceptando para ellos el título de *descamisados*, título robado tambien á los anales franceses de la revolucion; ultrajaba á los soberanos, y ofrecía la *salud y la fraternidad* á los agitadores de Europa.

El rey dirigió á las córtes el 25 de noviembre de 1821, un mensaje para pedirle consejos y para lamentarse. Martínez de la Rosa presidia las córtes, y encargó á Calatraba del informe. Calatraba vituperó las revueltas de Cádiz y Sevilla, pero acusó la incuria de los ministros, y estos cayeron en el momento en que Sevilla y Cádiz se sometían. En oposicion á las sociedades secretas, se estableció una pública, llamada sociedad de los *Amigos de la constitucion*, como se había visto en otro tiempo establecerse en París la *Sociedad monárquica*. Dicha sociedad examinó las violencias de la prensa, los ultrajes de las peticiones y las insolencias de las reuniones demagógicas. Tres proyectos de ley, relativos á estos asuntos, estaban sometidos á las córtes, cuando el rey con una inoportunidad hija de la doblez ó de la demencia, propuso se admitiese á la participacion del poder á hombres impopulares. Calatrava alucinado por la ambicion, votó desde luego porque fuesen desechados los men-

(1) No pudiera serlo mas que el del autor, en todo el discurso de esta obra, al tratar de España. (N. del T)

cionados proyectos; Martínez de la Rosa se opuso á esto; la muchedumbre corrió á casa de los que se habían opuesto, con el objeto de quitarles la vida; pero Morillo dispersó las turbas, y así terminó la primera legislatura de las cortes. Esta tierra de miseria, había sin embargo, sido pisada por Anibal; había presenciado la púdica aventura de Escipion y dado nacimiento á Trajano: *Tibi secula debent Trajanum* (Caudio).

XI.

Martínez de la Rosa, ministro de Negocios extranjeros.—Serviles-realistas.—El Trapense: su retrato.—El día de San Fernando en Aranjuez.—Don Carlos amenazado.—Landaburu.—Disturbios.—La guardia real viene á las manos con la tropa de línea y la Milicia nacional, pero queda vencida.—La España, plagiaria de la República y del Imperio.—Martínez de la Rosa se niega á continuar en el ministerio.—Triunfo de los realistas en Navarra.—Emigraciones.—El autor sale de Londres para el congreso de Verona.

Estas segundas cortes fueron á las primeras lo que la asamblea legislativa francesa fué á la asamblea



D. RAFAEL DEL RIEGO.

de 1822, cuando, como embajador, yo asistía á las sesiones del parlamento Británico, ó describía en la primera parte de mis *Memorias* mis excursiones entre los salvajes.

Entabláronse algunos trabajos relativos á la hacienda, pero esto era imposible, porque la prensa, las sociedades secretas y los clubs, lo habían desorganizado todo. Barcelona, Valencia y Pamplona, fueron teatro de una gran agitación. Mientras por una parte se gritaba ¡*Viva Dios!* gritábase por la otra ¡*Viva Riego!* y todos se mataban á nombre de lo que muere y de lo que no muere. En Madrid, los regimientos se batieron contra los granaderos de la Corona, y muchos jóvenes recorrían las calles pidiendo un monarca absoluto. Dios y el rey significan en España lo mismo

constituyente. Entre los nuevos diputados figuraban curas anti-romanos, legistas locuaces, clubistas, y en fin, Riego, joven perorador del ejército, y el duque del Parque, viejo chismoso de la corte: la vida tiene dos infancias, pero no tiene dos primaveras. Riego subió á la presidencia de las cortes, y el rey, á fin de contrabalancear el espíritu de estas, nombró á Martínez de la Rosa ministro de Negocios extranjeros.

Tres poetas, Martínez de la Rosa, Canning y el autor de esta obra, fueron nombrados ministros de Negocios extranjeros, casi al mismo tiempo. «Hay pocos hombres, dice Montaigne, entregados á la poesía, que no se alegren más de ser padres de la *Eneida* que del más arrogante mozo de Roma... Yo me abandono á los negocios del Estado y al universo, mucho más voluntariamente cuando estoy solo. Estoy formado para tomar alegremente parte en las grandes sociedades, con tal que esto sea á intervalos, y cuando me acomoda.»

¿Qué pensará de esto Martínez de la Rosa: que ha quedado como yo en el mundo, y mi ilustre amigo Canning, hoy desengañado en la eternidad?

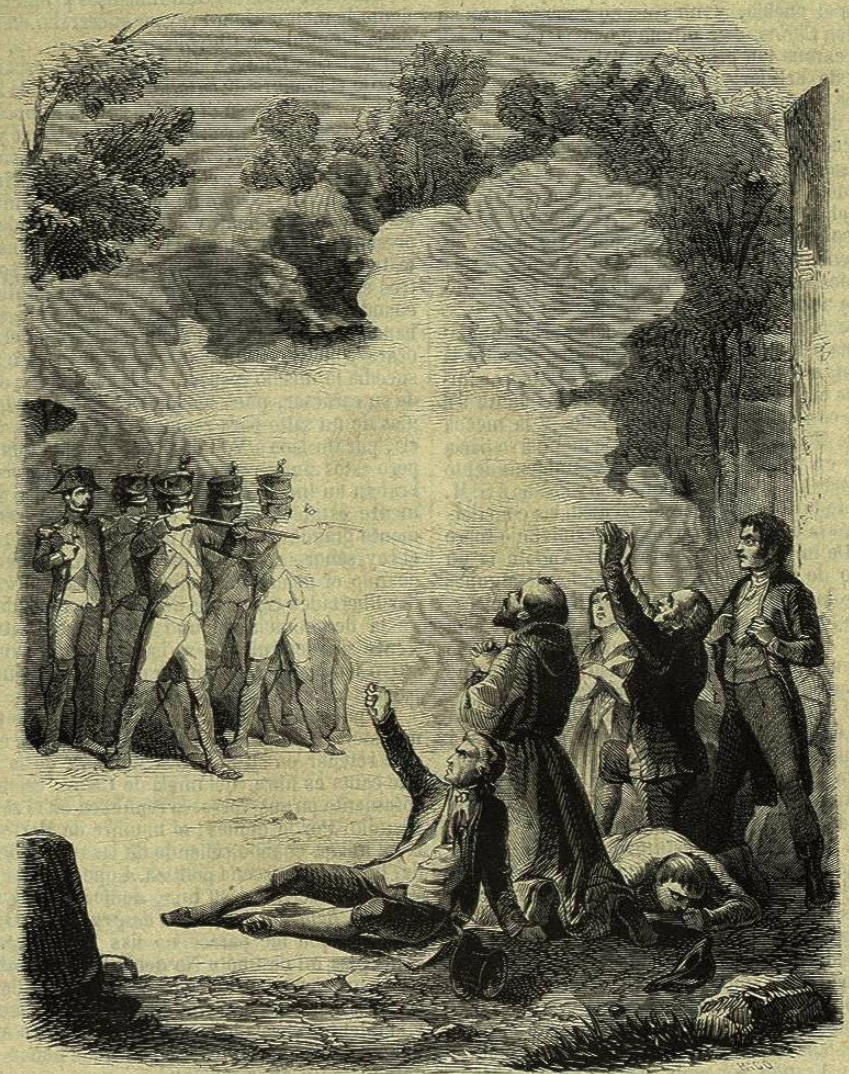
La legislatura se abrió en Madrid el 1.º de marzo

que *ambas magestades*. En las cortes había diputados que decían que el negarse á acoger las quejas del pueblo, autorizaba la justicia del puñal. El presidente Riego era impotente, y se veía siempre dispuesto á cantar el *trágala*. Una estrofa puede dar por un momento la corona; pero si no es buena, pasa, y al volver de una esquina el trono queda convertido en tablado.

Los *serviles*, que se envanecían con su nombre como con la púrpura, se aprovechaban de una hora de descanso y de la reacción contra las sociedades secretas, para reconquistar el poder, y las asonadas realistas reemplazaron las insurrecciones revolucionarias. Los *descamisados*, matadores de *serviles*, fueron derribados á su vez, y renovaron los sacrificios humanos

de sus antepasados los cartagineses. Presentáronse en el palenque partidos monárquicos á la antigua usanza. Gorostidi, Misas y Merino, héroe fabuloso de presbiterio, se levantaron en Vizcaya, Cataluña y Castilla. Estendiéronse estas insurrecciones, y en ellas se vió brillar á Quesada, Juanito, Santos Ladron, Trujillo, Chafandín y Hierro. En fin, el barón de Eroles se levantó en Cataluña, acompañado de Antonio Ma-

rañón. Antonio llamado el *Trapense*, había primeramente sido soldado, y conducido por sus pasiones al claustro, manejaba con el mismo entusiasmo la cruz y la espada. Su uniforme militar era un sayal de franciscano, sobre el cual pendía un crucifijo, mientras de su cinturón colgaban un sable, unas pistolas y un rosario, y galopaba á caballo con un látigo en la mano. La paz y la guerra, la religión y el libertinage,



DÍA DOS DE MAYO EN MADRID.

a vida y la muerte, se reunían en un solo hombre, para bendecir y para esterminar. Cruzadas y matanzas civiles, canciones y cánticos de gloria el *Stabat Mater* y el *Trágala*, genuflexiones y la *Jota aragonesa*, triunfo del mártir y del soldado; almas que subían al cielo en el incienso del *Veni Creator*, y rebeldes fusilados al son de la música militar: tal era la existencia de ese apartado rincón del mundo.

Fernando, por su parte, había jurado la constitución para ser infiel á su juramento, en las orillas del Tajo, río que *cria oro y piedras preciosas*. Algunos amigos leales le aconsejaban que modificase las instituciones de acuerdo con las cortes; pero otros amigos

ciegos le estimulaban á que las hundiese. Los triunfos de los realistas halagaban en secreto al monarca, y le sonreía la esperanza de una soberanía sin restricción alguna, porque cuanto menos capaz es el hombre de una cosa, con más ansia la desea.

El santo del rey, (día 30 de mayo), fue celebrado por los paisanos manchegos reunidos en Aranjuez. El ánimo hubiera podido creerse trasladado á los bellos días de la Bética. «Este país parece haber conservado las delicias de la edad de oro, dice el arzobispo de Cambray. Las mujeres hilan esa hermosa lana y hacen de ella telas finas de maravillosa blancura. En ese benigno clima no se usa sino un vestido de tela

fina y ligera que no se ajusta á la cintura, y que cada uno dispone en largos pliegues alrededor de su cuerpo, por la decencia, dándole las formas que quiere.»

Estos ensueños de Fenelon iban á desaparecer ante la realidad. En vano los militares repitieron en Aranjuez el grito de amor de los paisanos, como los guardias de corps cantaron en Versalles. «¡Oh Ricardo! ¡Oh mi rey!» Si poco despues la Francia no hubiese tomado parte en esta cuestion, Fernando hubiera ido á donde Ricardo condujo á Luis XVI. El ejército marchó sobre el pueblo, y un paisano amenazó con su sable á don Carlos; este ultimo de los reyes que espera una corona tan pesada. En Valencia, un destacamento de artillería quiso librar al general Elio, que estaba preso en la ciudadela, al paso que los insurrectos de Cataluña, ya regularizados, que se habian aplicado el nombre de *ejército de la fe*, tomaron por asalto la Seo de Urgel.

El rey dejó su residencia, y puso término á la legislatura el 30 de junio de 1822. Al salir de la sesion, los soldados y la milicia nacional vinieron á las manos. Landaburu, oficial de la Guardia, de opiniones liberales fue asesinado, y á Morillo se le nombró coronel de aquella.

Por espacio de seis dias, la agitacion fue en aumento. Por una parte las tropas de la Guardia, por otra la milicia y algunos regimientos de línea estaban acampados unos enfrente de otros, á los rayos de un sol canicular, con los sables desenvainados y la mecha encendida. No obstante, todo parecia inclinarse hácia un arreglo en palacio; tratábase del establecimiento de dos cámaras. El cuerpo diplomático rodeaba á S. M. y el conde de la Guardia aconsejaba medidas conciliadoras. Pero la desgracia ejerció al fin su influjo sobre la razon. De improviso, sublevase en Andalucía un regimiento de carabineros, y reuniéndose algunos batallones de milicia provincial, marchan sobre Madrid juntos, proclamando al rey *neto*. Al recibir esta noticia, las cabezas reales se desvanecen. Fernando vuelve á entregarse á sus malos instintos, y rompe las negociaciones que le habrian salvado.

Llegó el 7 de julio; dos batallones de la Guardia apostados en palacio, y otros cuatro, que fueron á acampar fuera de Madrid, entraron de noche en él. Con arreglo á las disposiciones de un complot previsor, repartiéronse en tres columnas: la una se dirigió al parque de artillería, la otra á la Puerta del Sol, y la tercera á la plaza de la Constitución. Pero la fortuna habia abandonado á la monarquía: la primera division se desbandó, y algunos fusilazos del batallon sagrado de oficiales la dispersaron; la segunda y la tercera fueron igualmente deshechas. Los dos batallones de Palacio quedaron abandonados á sí mismos, y á las seis de la mañana la milicia nacional alcanzaba la victoria. Acto continuo cantóse un *Te-Deum* en la plaza de la Constitución, porque es de advertir que en España se alaba á Dios por todo, hasta por el mal, al paso que en Francia por nada se le da gracias. Monvel llamaba sobre sí el rayo, como si Dios tomase en cuenta el zumbido de un insecto.

La Guardia, habiendo sido vencida, fue disuelta, y los restos que intentaron defenderse, fueron ametrallados. Estos hechos parecian entonces dignos de imperecedero recuerdo, y los lugares que los presenciaron se creian destinados á subsistir eternamente en la historia. Pero ¿en dónde están Aletua y Urso, dondelos hijos de Pompeyo fueron derrotados *in quibus Pompei filii debellati sunt*? Se ignora. ¡Vivid, pues, vencedores ya olvidados, de calles! ¡Vivid con los empedrados sangrientos ya secos, que pisais en vuestra ciudad de un día, cuando vais á bostezar á Santa Catalina! Millares de soldados ganaron á costa de su vida las batallas de Arbella, Farsalia y Austerlitz, pues bien: ¿de tantos muertos, cuántos nombres viven hoy? Solo tres; Alejandro, César y Napoleon.

Fernando y su familia se dejaron ver al través de las tinieblas de estos desastres, reconociéndose en ellos la cólera del déspota y el furor de las mujeres. Un tirano pusilánime atrae las catástrofes, y tiembla cuando estas estallan, descendiendo de la intrepidez de su cabeza á la cobardía de su corazon. Hay monarcas de falsa ley que se sientan en el trono por equivocacion; la mayor parte de los acontecimientos contemporáneos se explica por el miedo, el cobarde se oculta en el fondo de esos inmensos acontecimientos, como la momia de un rey se encerraba en el centro de la pirámide de Chreops.

Plagiaros tambien del imperio, los españoles tomaron el nombre de *batallon sagrado* de la batalla de Moscou, asi como se divertian con la *Marsellesa*, con los *Sansculotides*, con los dichos de Marat y con las diatribas del *Viejo franciscano*, repitiendo siempre las acciones mas viles y el lenguaje mas bajo. Nada original producian, porque no obraban por la inspiracion del carácter nacional, y se limitaban á traducir y representar perpétuamente la revolucion francesa en el teatro español. Nuestras cabezas sin cuerpo y nuestros esqueletos sin cabeza, vistos á larga distancia y cuando no podia ya descubrirse su horror, presentaban á lo menos, por el arreglo simétrico del inmenso ocario, un aspecto espantoso y gigantesco; pero no sucedia lo mismo respecto de la península, despojada de su carácter, pues sus hijos habian salvado dos siglos de un salto para reunirse á la historia de Francia, por un lado á Voltaire, por otro á la Convencion, pero estos siglos reprimidos volvian á aparecer, recobraban su imperio y trastornaban el órden violentamente establecido. Los españoles eran verdaderamente grandes cuando el pueblo era independiente y el rey señor, cuando la nacion decia: *Sino no*, y cuando el monarca absoluto firmaba *Yo el rey*. Las dos libertades completas de la democracia de todos y de la democracia de uno solo, se encontraban de frente sin destruirse y se hablaban mutuamente su altivo lenguaje; espectáculo nunca visto sino en España.

Despues de los sucesos del 7 de julio de 1822, el ministerio se retiró; hicieron infructuosos esfuerzos para retener en su puesto á Martínez de la Rosa; el que canta es libre. Columela de Cádiz, celebró valerosamente en sus versos la república en el reinado de Claudio. Por lo demás, el nombre de Martínez de la Rosa allige, cuando saliendo de las ruinas de Granada, brilla en la escena política. Lope de Vega se equivocaba al escribir á su hija, dedicándole la comedia titulada *Remedio contra la desgracia*: «¡Ojalá seas feliz, aunque me parece no has nacido para serlo, si heredas mi destino!» No debia lamentar «la pérdida de un tiempo precioso y la llegada de la vejez.» la vejez es un mal inevitable; pero el corazon noble y el talento consolador están menos bien en el mundo que en el retiro, donde se conserva el honor de estar dotado de un alma inmortal.

Lopez Baños fue nombrado ministro de la Guerra, San Miguel de Estado, Gasco del Interior, y Navarro de Justicia. El marqués de las Amarillas, el marqués de Castellar, el conde de Casarría, el general Longa y el brigadier Cisneros fueron desterrados, y Castro Terreno, el duque de Bélgida y el duque de Montemar, mayordomo mayor, fueron privados de sus destinos. En el palacio entró un ser espiatorio, el general Palafox. San Martin, hombre de corazon, y Morillo, guerrero ilustre, fueron alejados. Morillo, sin embargo, se habia declarado en favor del vencedor antes del triunfo; pero debilitado por los empleos, los honores parecian querer despojarle de la gloria.

Reclamábanse víctimas, procurando aplicarles el nombre de los asesinos de Landaburu. Goiffieux, á quien particularmente se designaba como tal salió de Madrid. Preso poco despues, hubiera podido es-

llar ó engañar, pero habiéndosele preguntado su nombre, respondió: «Me llamo Goiffieux, y soy primer teniente de la Guardia;» desdeñando el salvarse por medio de una mentira.

Elio fue jurídicamente ejecutado en Valencia en una plaza que habia adornado con árboles. Valencia *la hermosa*, es pérfida: hija de los moros, dió su belleza á Venozza y á Lucrecia, y sus intrigas y crueldades á Alejandro VI y á Borgia.

En Navarra y Cataluña triunfaron los realistas, y establecieron un gobierno político con el nombre de *Regencia suprema de España, durante el cautiverio del rey*. El marqués de Mataflorida, el arzobispo de Tarragona y el baron de Eroles componian esta rencia, instalada el 14 de setiembre en la *Seu* ó catedral de Urgel, los edificios muzárabes tomaban este nombre en las montañas de Cataluña.

Fernando fue solemnemente proclamado en Urgel, como Carlos VII lo habia sido en el castillo de Espally; la bandera sembrada de flores de lis de orose desplegó en las almenas de este castillo, y algunos paisanos y un pequeño número de nobles, vestidos con su blason, proclamaron al soberano de Francia gritando: ¡Viva el rey! Esta palabra encerraba toda la constitucion y creaba al monarca que Juana de Arco debia hacer consagrar en Reims: Carlos VII habia muerto, Fernando estaba cautivo.

No obstante, en Madrid se proyectaba forzar las puertas de las cárceles para acabar con los presos; empezaban las emigraciones, y el Mediterráneo se cubria de prosélitos que se embarcaban á la sombra de los naranjos de Cartagena, en tanto que el Océano llevaba las velas de los peregrinos que abandonaban las montañas de Santiago; los fugitivos eran perseguidos en la mar por las teas de las Euménides, que reflejaban desde las playas españolas, entre el murmullo del viento que llevaba á sus oídos con el rumor de las olas, las estrofas del trágala.

Fernando se inclinaba hácia donde le llamaba la ronda infernal; el congreso de los reyes se reunia en Italia, lord Londonderry se habia degollado en Londres, y yo salia con direccion á Verona.

XII.

Congreso de Verona.—Personajes.—Partida familiar del congreso.

Sali de Londres á fines de setiembre de 1822, y atravesando á París, la Francia, los Alpes y el Milanesado, llegué á Verona, á *Casa-Lorenzi*, donde casi nadie habia llegado todavía. Poco á poco fuellenándose la ciudad, y sucesivamente se vió ir llegando al emperador y á la emperatriz de Austria con toda su comitiva; el príncipe de Metternich, acompañado de los consejeros áulicos, Genz, del caballero de Floret, de cuatro barones, de un conde, de un concejista áulico y de dos oficiales; el príncipe de Esterhazy, mi compañero de embajada en Londres; el conde de Zichy, mi antiguo colega plenipotenciario en la córte de Prusia; el baron de Lehzelttern, acreditado cerca de la córte de Rusia; el emperador de Rusia con cinco ayudantes generales, Menzikoff, Frubetzky, Oscharowsky, Czernitschaff y Michand; el príncipe Wolkonsky, general y gefe de estado mayor; el conde de Nesselrode, secretario de Estado; el conde de Lieven, embajador en Londres; el conde Pozzo di Borgo, embajador en París; luego llegaron el duque de Wellington, lord Chamvillan, el marqués de Londonderry, hermano del difunto lord Castlereagh, el vizconde Strangford y lord Burghersh; despues vinieron las potencias de la Prusia, S. M. el rey, sus altezas reales el príncipe Guillermo y el príncipe Carlos, el conde de Bernstolf y el baron de Humboldt.

El archiduque, la archiduquesa, virey y la vireina de Italia, desembarcaron con su córte.

Parma envió la archiduquesa de Austria, duquesa de Parma, llamada viuda de Napoleon, con el conde de Nieperg, llamado Chambelan, y el caballero de honor de la archiduquesa.

El gran duque y la gran duquesa de Toscana, su alteza ilustrísima y real el príncipe hereditario, llegaron de la patria del Dante y Miguel Angel, de esa ciudad tan hermosa, segun decia el archiduque Alberto, que no se deberia permitir verla sino los domingos y dias festivos.

El archiduque duque de Módena y la archiduquesa duquesa de Módena, desembarcaron del Cataio.

Su magestad el rey de las Dos-Sicilias, salió de Nápoles para Verona, con la duquesa de Florida, el confesor Portu y el príncipe de Salerno, á quien seguian dos gentiles-hombres de cámara.

La Cerdeña diputó á su rey y su reina, y al conde Latour, ministro secretario de Estado de Negocios extranjeros.

Nosotros los franceses éramos tambien muy numerosos: el vizconde de Montmorency, mi gefe, estaba acompañado de MM. Bowjot y Pontois, secretarios, y de M. Damour, para la firma. El marqués de Casamena, M. de La Feasounays, M. de Rayneval y yo, representábamos nuestras embajadas de Viena, San Petersburgo, Berlin y Londres. En esta embajada se contaban el duque de Ranzan, el conde de Boissy y el conde de Aspremont.

M. de Serre, embajador de Nápoles y M. de Maissonfort, enviado en Florencia, asistian al espectáculo como meros curiosos.

M. de Serre era mirado con mucha indiferencia en el congreso, á causa de sus opiniones liberales; yo no era mucho mas amado, pero era mas temido. Fuí á visitar á Mr. de Serre, aunque militábamos en opuestas filas, y hallé en él un hombre superior á la idea que me habia formado; estreché mis relaciones con él, y él por su parte me dió demasiadas pruebas de su amistad y buenos recuerdos.

Hé aquí todas las grandezas modernas que habian ido á medirse en Verona, en la arena dejada por los romanos.

Al lado de estos restos agrupábanse otras ruinas que nadie consultaba; los diputados de la desgraciada Grecia. El viejo monumento de la ciudad eterna les hubiera respondido mejor que aquellos soberanos de un dia, porque Atenas alzaba al cielo sus manos suplicantes en nombre de la libertad.

Yo habia visitado ya á Verona, pero me presenté de nuevo á sus antigüedades, y en el camino de Gatzola, retiré de ese Luis XVIII á quien á la sazón tenia el honor de representar en la asamblea de los reyes. Visité el palacio de Caniza y el monumento de *Can grande*: este Can grande habia sido el huésped del Dante, «hombre muy ilustre, dice el historiador de Rieggo, y que admiraba al señor de la Scala por su talento.»

No queriendo hablar sino de negocios, he colocado en mis *Memorias de Ultra-tumba* la parte menos árida del congreso y las cosas que el público mira por lo general con un interés de curiosidad. En ellas se verán los retratos de los personajes que se presentaron en Verona: la condesa de Lieven, la princesa Zenaida Wolkonsky, la condesa de Tolztoy, el príncipe Oscar, etc., etc.

La vizcondesa de Montmorency fue tambien á Italia. La Providencia, que privara de herederos al descendiente de los Bonehard, le entregó en cambio al hijo del trono, un Borbon por un Montmorency. Y, como si al confiarle esta gloriosa paternidad adoptiva, hubiese querido únicamente someterlo á una última prueba, Dios visitó al cristiano perfecto el viernes santo al pie de los altares, en la misma hora en que el Hijo del Hombre consumió su sacrificio.

Fuí presentado á los reyes, á quienes conocia casi en su totalidad.